

puesto mucho más guapo que antes, y veo que papá tenía razón cuando me decía que la cabeza es el principal adorno del hombre, y nunca puede ser demasiado gorda. Además de su hermosa cabeza, Dauco Zanahoria I (ya ves que he aprendido bien su nombre y que lo escribo con mucha soltura), Dauco, repito, mi real novio, tiene una amabilidad y galantería inexplicables. ¡Y qué valor! ¡qué intrepidez! ¡Delante de mí ha puesto en vergonzosa fuga al duque Reponche, hombre brutal y de malos modales, según parece: y ¡cómo saltó detrás de él por la ventana! ¡ah, si lo hubieras visto!... No creo que mi querido Dauco Zanahoria se espante mucho de tus armas; es un hombre de una cabeza tal, que los más sutiles y mordaces versos apenas podrían tirarle un bocado.

» Resígnate, pues, á tu destino como buen cristiano, mi querido Amando, y no te quejes porque prefiera ser reina á ser tu mujer. Consuélate con que siempre seré tu amiga afectísima, y si en adelante quisieres entrar en la Guardia de las Zanahorias, ó si prefiriendo como prefieres la carrera de las letras á la de las armas, quisieses formar parte de la academia de los Nabos gallegos, ó del ministerio de las Calabazas, no tienes más que decir una palabra y cuenta con ello.

» Adiós; no guardes el más pequeño rencor á tu antigua novia.

» ANA DE ZABELTHAU. »

» (Que dentro de poco no será ya Zabelthau, sino Ana á secas.)

» P. D. Siempre estarás abundantemente provisto de tabaco de Virginia: te lo prometo. Como puede muy bien suceder que no se permita fumar en mi corte, haré por que se siembren, no lejos de mi trono y bajo mi especial vigilancia, algunos cuadros de tabaco de Virgi-

nia. Es medida que reclaman la cultura y la moral, y haré que mi amado Dauco publique una ley especial sobre este punto. »

CAPÍTULO V

En que se cuenta una espantosa catástrofe

La señorita Ana acababa de enviar su carta á Amando de Nebelstern, cuando entró el señor Dapsul de Zabelthau en su cuarto, y le dijo con el tono más lastimero y el dolor más profundo:

» ¡Ay, Ana mía! ¡qué indignamente nos han engañado! El infame que te ha cogido en sus redes y que me hizo creer que era el barón Porfirio de Ockerodastes, retoño ilustre de la raza que nació de la unión del sublime gnomo Tsilmenech con la noble y religiosa señora de Córdoba, ese infame... sábelo y muérete de vergüenza; ese infame no es más que un gnomo, y un gnomo de la raza abyecta que prepara las hortalizas. El gnomo Tsilmenech pertenecía á la raza más noble, ó lo que es lo mismo, á la que tiene á su cuidado los diamantes: tras ésta viene la raza de los que preparan los metales en el imperio del rey de las minas, y después la de los que cuidan de las flores, raza menos distinguida, porque depende de las silfides. Pero los más viles y malvados son los gnomos de las legumbres y hortalizas, y no sólo

es un gnomo de la peor raza el descarado Corduanspitz, sino que es su rey y se llama Dauco Zanahoria. »

La señorita Ana ni se murió de vergüenza, ni se asustó en lo más mínimo, sino que, al contrario, se sonrió muy jovialmente al oír á su lagrimoso papá, y bien sabe mi lector benévolo el por qué. Tal alegría sorprendió altamente á Dapsul de Zabelthau, y alarmado instó eficazmente á su hija á que tuviese á bien, por amor de Dios, considerar los riesgos á que se hallaba expuesta y estremecerse de horror como él se estremecía: entonces creyó la señorita Ana que le era imposible guardar por más tiempo el secreto que se le había confiado, y le contó á su padre que hacía ya muchos días que el llamado barón de Corduanspitz le había declarado su verdadera posición, y que desde que se lo había revelado, le había parecido tan extremadamente amable que no quería más que á él para esposo. Describió también á su padre las bellezas maravillosas del reino de las legumbres y hortalizas adonde la había llevado Dauco Zanahoria I, y no dejó de celebrar la gracia y encantos de los diversos habitantes de tan vasto imperio.

El Sr. Dapsul de Zabelthau dió muchos puñetazos en la mesa, y se quejó de la perfidia y maldad del gnomorey, que había sabido con los más viles y peligrosos artificios llevar á la desventurada Ana á su negro y diabólico reino.

— « Indudablemente, respondió Dapsul á su hija que le escuchaba con mucha atención, indudablemente es gloriosa y aun deseable á veces la unión de un principio humano con un espíritu elementario; indudablemente puede servir de prueba el matrimonio del gnomo Tsilmenech con Magdalena de la Cruz, del cual dice haber nacido el impostor Dauco Zanahoria; pero la unión de los reyes y príncipes de los espíritus de segunda clase es muy diferente. Los reyes de las Salamandras son muy

propensos á la cólera; los de las sílfides muy corteses, y las reinas de las Ondinas muy enamoradas y celosas; pero los reyes de los gnomos son pérfidos, malvados y crueles; para vengarse de los hijos de la tierra, que muchas veces sobornan á sus vasallos, seducen á algunos que perdiendo poco á poco su figura humana, se ponen tan feos como los gnomos y se hunden en la tierra para no volver á presentarse en su superficie. »

Muy decidida estaba sin duda la señorita Ana á no creer ni una sola palabra de cuanto le decía su padre en contra de su amado Dauco Zanahoria, pues se puso á celebrar otra vez las maravillas del hermoso reino de hortalizas que esperaba ver sometido bien pronto á su dominación.

— « ¡ Oh hija ciega! exclamó Dapsul de Zabelthau hirviendo de cólera: ¡ ciega, insensata hija! ¿conque no crees, por la fe de mi ciencia cabalística, que todos los discursos del infame Dauco Zanahoria no son más que imposturas y mentiras? No, no me crees, no basta con que te lo diga; ¿quieres pruebas? pues bien, voy á convencerte; voy á salvarte apelando á medios extremos, porque al fin eres hija mía y es preciso apelar á todo. Sígueme. »

Vióse Anita precisada por segunda vez á subir con su padre á la torre astronómica. El Sr. Dapsul de Zabelthau sacó de un cajón grande un gran lío de cintas amarillas, encarnadas, blancas y verdes, con las cuales envolvió á la señorita Ana desde la cabeza hasta los pies, con las más estrambóticas ceremonias. Otro tanto hizo consigo mismo y ambos se acercaron después con precaución al palacio de seda del rey Dauco Zanahoria I. Anita abrió por orden de su padre un agujero en la tienda con las tijeras que llevaba y miró por la abertura.

¡ Dios eterno! ¿Qué fué lo que vió la señorita Ana en lugar de la hermosa huerta, de la guardia real de zana-

horias, de las damas Coliflores, de los pajes Espliegos, de los príncipes Ensaladas y, en fin, de todas las maravillas que la primera vez le habían deslumbrado?

Vió un pantano inmenso lleno todo de barro descolorido. Y en aquel barro se movían y agitaban animales asquerosos de todas clases, salidos del seno de la tierra. Largos y gordos gusanos se arrastraban lentamente unos sobre otros, y escarabajos de todas especies alargaban sus cortas patas y se rastreaban trabajosamente. Llevaban en sus espaldas gruesos bultos con figuras monstruosas de hombres, y ojos amarillos que lanzaban miradas oblicuas; con las uñas que se cruzaban cerca de sus orejas, trataban de agarrarse á sus narices largas y disformes para hundirse en el fango, mientras gordos caracoles desnudos y fuera de sus conchas, arrastraban con esfuerzos su repugnante pereza, y presentaban sus largos cuernos por encima del barro.

A tan espantoso espectáculo, Anita estuvo á punto de caer desmayada: se tapó con ambas manos el rostro, y se echó á huir con toda la ligereza de sus piernas.

— « ¿Qué tal? le dijo entonces el Sr. Dapsul de Zabelthau; ya ves si no te había engañado indignamente el infame Dauco Zanahoria I, ostentando antes á tu vista una magnificencia pasajera. Mandó que sus vasallos se vistiesen de día de fiesta, que su guardia se pusiese el uniforme de gala, y todo para deslumbrarte con el lujo y el esplendor; pero ya has visto en bata el reino que has de tener á tus órdenes, y si llegas á casarte algún día con el horroroso Dauco Zanahoria, es menester que consentas en hundirte en los reinos subterráneos para no volver á presentarte más en el mundo: y si... ¡Ay, ay! qué es lo que estoy viendo! ¡Desventurado padre!

El Sr. Dapsul de Zabelthau dió repentinas muestras de una desesperación extremada, y la señorita Ana pensó naturalmente en seguida que acababa de ocurrir en aquel

instante una nueva desgracia: aterrada, preguntó á su papá por qué se lamentaba de aquel modo; pero éste, cuya voz ahogaban los sollozos, no pudo hacer más que balbucear: O... hi... hi... i... ja... mi... i... a... que... e... e... fe... e... a... a... es... s... s... tás... s!

Anita corrió inmediatamente á su habitación para verse en el espejo, y retrocedió espantada.

Motivos había para ello: en el momento mismo en que el Sr. Dapsul de Zabelthau quería abrirle los ojos á la novia del rey Dauco Zanahoria sobre los terribles peligros á que se exponía, y explicarle cómo perdería insensiblemente su propia forma para transformarse en verdadera reina de los gnomos, había visto verificarse esta misma metamorfosis.

La cabeza de la señorita Ana engordaba por momentos, y su tez se volvía tan amarilla como la del azafrán, lo cual la ponía ya bastante fea. Aunque Anita no era muy coqueta, era bastante joven para conocer que la fealdad es la mayor desgracia que puede tener una mujer.

Cuántas veces no había dicho para sí: « ¿Qué hermosa estaré siendo reina de los gnomos, llevando la corona en la cabeza, y un vestido de raso, y una multitud de diamantes y de cadenas y anillos de oro, el día festivo que vaya á la iglesia en un carruaje tirado por ocho caballos, y al lado de mi real esposo! Asombraré á todas las mujeres, incluso la del maestro de escuela, y hasta los mismos señores de la parroquia, á que está unida nuestra aldea de Dapsulheim, se sentirán llenos de respeto en mi presencia. »

¡Ay! ¡Cuántas veces se había embriagado con tan seductores sueños y excéntricas ilusiones! Anita se echó á llorar.

— « ¡Ana! ¡Ana! ¡hija mía! sube pronto, corriendo! » exclamó su padre con la bocina.

La señorita Ana halló vestido de minero á su padre, quien le dijo con firmeza :

— « Frecuentemente acontece que la inminencia del peligro esté á un paso de la salvación : acabo de saber que Dauco Zanahoria está en su palacio, del que no puede salir hasta mañana : ha llamado á consejo á los principes de su casa, ministros y otros altos empleados de su imperio, para deliberar sobre las coles del próximo invierno ; tan importante es la sesión, que durará quizás el tiempo suficiente para que en todo el invierno no tengamos una col. Mientras Dauco Zanahoria esté ocupado en la gobernación de su reino, podré trabajar sin que él lo observe, y quiero aprovecharme de esta ocasión para forjar un arma con la que tal vez podré combatir y vencer á ese vil gnomo, y librarte para siempre de su tiranía. Voy á ponerme á trabajar ; tú entre tanto mira con atención por ese tubo y avisame en el momento en que veas salir á alguno de la tienda ó asomar la nariz por la puerta. »

Anita obedeció las órdenes de su padre, pero la tienda permaneció cerrada ; sólo si oyó, entre los vigorosos martillazos que Mr. de Zabelthau aplicaba al yunque resonante, gritos feroces y confusos que al parecer salían de la tienda, y después sonidos más claros que enteramente parecían bofetones.

Puso estas observaciones en noticia de su padre, quien se alegró mucho de saberlas, y contestó que mientras más disparatasen los gnomos, más difícilmente podrían notar que se estaban forjando armas para ocasionar su ruina.

¿Cuál no fué la sorpresa de Anita al ver que lo que acababa de forjar su padre eran dos lindas ollas de cobre y varias sartenes del mismo metal ? La señorita que entendía bastante en la materia, aseguró que estaban muy bien estañadas, que su papá había observado fiel-

mente las condiciones impuestas por las leyes á los herreros en cobre, y además le preguntó si se le permitía emplear aquellos muebles tan útiles en el uso de la cocina desde el día siguiente.

Dapsul de Zabelthau se sonrió con mucho misterio, y se contentó con responder : « Ya les llegará su hora, hija mia, ya les llegará su hora : entre tanto, baja, querida Ana, y espera con impaciencia los acontecimientos que han de hacer memorable el día de mañana. »

Dapsul se había sonreído y esta circunstancia reanimó la esperanza de la desgraciada Anita.

Al día siguiente, bajó el Sr. Dapsul de Zabelthau á la cocina antes de las doce, con sus ollas y sartenes, y rogó á la señorita Ana y á la criada que se retirasen : quería preparar por sí solo la comida ; sin embargo, antes que se fuese su hija le encargó que estuviese más amable y afectuosa que nunca con el falso baroncito de Corduanspitz que no tardaría en llegar.

Corduanspitz, ó más bien Dauco Zanahoria I, llegó en efecto, y si en los días anteriores se había mostrado muy enamorado, aquel día se presentó con un amor apasionado, furioso. Anita se estremeció horrorizada, al ver que se había quedado tan pequeña que Dauco podía saltarle á las faldas sin trabajo alguno, y acariciarla y besarla á sus anchas, y la infeliz se veía en la necesidad de sufrir sus caricias á pesar de la profunda aversión con que miraba ya á tan vil monstruo. Bajó por fin el Sr. Dapsul de Zabelthau, y le dijo : « Oh augustísimo Porfirio de Oekerodastes, tened la bondad de acompañarme con mi hija á la cocina, para que veáis cómo ha dispuesto vuestra futura esposa todo, de manera que se concierta la economía doméstica con el placer de la vista. »

Anita no había visto aún en las miradas de su padre la alegría maligna y cruel con que agarró por el brazo á Dauco Zanahoria y lo llevó casi arrastrando desde la sala

hasta la cocina ; á una señal de su padre siguió los pasos de ambos.

Su corazón ardió de alegría al ver en la chimenea un fuego chispeante, carbones ardientes ; y en el hogar, las hermosas ollas y sartenes de cobre.

En el mismo momento en que Dapsul llevó á Corduanspitz junto al fuego, se oyó un repentino hervidero, un estremecimiento que cada vez era más fuerte, y luego dolorosos gemidos y lastimeros gritos, y luego en fin estos dolientes acentos que salían de una olla :

« ¡ Oh Dauco Zanahoria ! ¡ oh rey mio ! ¡ Salva á tus fieles vasallos ; salva á tus pobres Zanahorias ! Cortadas en pedazos, echadas en agua sucia, cubiertas de manteca y sal, perecemos en atroces tormentos de que participan además nobles y jóvenes Perejiles. »

En la sartén decían también : « ¡ Oh Dauco Zanahoria ! ¡ oh rey mio ! salva á tus fieles vasallos ; salva á tus pobres Zanahorias ! Ardemos en el infierno, y nos han dado tan poca agua que, en el exceso de nuestra sed, nos hemos visto en la dura necesidad de beber nuestra propia sangre. »

Y en otra olla se oían los mismos quejidos : « ¡ Oh Dauco Zanahoria ! ¡ oh rey mio ! salva á tus fieles vasallos ; salva á tus pobres Zanahorias ! La mano cruel de un cocinero ha atravesado nuestro corazón, ha abierto nuestras entrañas, nos ha llenado y relleno de una mezcla heterogénea de huevos, nata y manteca : nuestras ideas, nuestros sentimientos, y nuestra memoria están en tal confusión que no nos conocemos á nosotros mismos. »

Y de todas las ollas y sartenes salían estos gritos confusos : « ¡ Oh Dauco Zanahoria, rey poderoso ! Salva, ¡ oh ! salva á tus fieles vasallos ; salva á tus pobres Zanahorias ! »

— « ¡ Maldita y ridícula locura ! » exclamó Corduanspitz, saltando al fogón con su ligereza habitual, se asomó

á una olla y se metió en ella de hoz y de coz. El Sr. Dapsul de Zabelthau corrió inmediatamente y quiso poner la tapadera á la olla, gritando : « Cayó en el garlito. » Pero Corduanspitz saltó del fondo de la olla al aire con toda la fuerza de un resorte que se desprende, aplicó al rostro del señor de Zabelthau dos resonantes bofetadas, y exclamó : « ¡ Ahora me la vas á pagar, cabalista estúpido é impertinente ; Á ver ; ¡ jóvenes ! salid, salid todos á la par ! »

Y entonces se vió salir gruñendo, de las ollas y de las sartenes, un terrible y formidable ejército, cien y cien picarillos de horrorosa fealdad y de un dedo de largo, quienes pagándose al cuerpo del Sr. Dapsul de Zabelthau, lo echaron de espaldas en un gran plato, vertieron sobre él cuanta salsa había en las ollas, y lo llenaron todo de huevos picados, de nuez moscada y de pan rallado. Acabada esta operación saltó por la ventana Dauco Zanahoria y todos sus vasallos hicieron lo mismo.

La señorita Ana atemorizada cayó cerca del plato en donde habían puesto á su padre como si estuviera guisado : creyó que estaba muerto al ver que no daba ninguna señal de vida. « ¡ Ay ! pobre papá mio, exclamó, ¡ ay, ay ! te has muerto y nadie puede salvarme ya de las garras del infame Dauco !

Pero Zapelthau abrió de repente los ojos, saltó del plato con el vigor propio de un joven, y exclamó con voz atronadora, como nunca la había oído su hija : « Ah, pérfido Dauco Zanahoria, aún no se han agotado mis fuerzas. ¡ Pronto sabrás de lo que es capaz el impertinente y estúpido cabalista ! »

La señorita Ana agarró, por orden de su padre, una escoba de mano y barrió en su cuerpo los huevos picados, la nuez moscada y el pan rallado. Después tomó Dapsul una olla de cobre, se cubrió con ella como si fuera un casco, agarró con la mano izquierda una

sartén, con la derecha un gran cucharón, y salió animosamente armado de todas armas. Anita vió correr á su padre con todas sus fuerzas hacia la tienda de Corduanspitz, sin moverse siquiera de su sitio. En seguida cayó desmayada.

Cuando volvió en sí, había desaparecido ya el señor de Zabelthau: presa de mortales inquietudes, lo esperó aquella tarde, aquella noche y hasta la mañana del día siguiente: todo en vano: su padre no volvía: « ¡Ay! exclamó; la segunda empresa que ha acometido tendrá quizás peores resultados que la primera! »

CAPÍTULO VI

Que es á la vez el último y más edificante de todos

Abismada en tan profundo pesar se hallaba la señorita Ana sentada solitariamente en su habitación, cuando oyó de pronto abrir la puerta y vió entrar al señor Amando de Nebelstern. Sonrojada por la vergüenza y el arrepentimiento, se echó á llorar y exclamó con doloroso acento: « Oh querido Amando mío, perdóname que, ciega y desatentada, te escribiera lo que te escribí: estaba hechizada y lo estoy todavía; ¡sálvame, sálvame, querido Amando! Estoy muy amarilla y muy fea; esto es una desgracia; pero te conservo un corazón lleno de fidelidad, y no quiero ya ser novia de un rey. »

— « No sé, respondió Amando de Nebelstern, no sé,

queridísima señorita, de qué os quejáis, teniendo un destino tan hermoso y tan brillante. »

— « ¡Oh! Dejemos á un lado la ironía, exclamó Anita; demasiado grande es el castigo que ha recibido mi necio orgullo: sí, quería ser reina. »

— « En verdad, señorita, que no os comprendo, le contestó Amando de Nebelstern: si hemos de hablar con franqueza, confieso que vuestra última carta me puso rabioso y me desesperó. Pegué á mi criado, di palos á mi perro de aguas, rompí muchos cristales, y ya sabéis que cuando un estudiante se incomoda, no se anda en bromas. Después de haber armado tanta camorra, resolví venir á vuestro lado, y ver por mis propios ojos el cómo, el por qué y el por quién había perdido á mi novia. El amor no reconoce clases ni distancias; quería hablar de hombre á hombre con el rey Dauco Zanahoria, y preguntarle con qué títulos aspiraba á vuestra mano. Pero ya veo que el negocio ha tomado otro rumbo.

» En el momento de pasar por delante de la hermosa tienda que cubre vuestro jardín, me salió el rey Dauco Zanahoria al encuentro, y al poco tiempo vi que es el rey más amable del mundo. Mirad si no será así, señorita, cuando conoció en seguida que estaba hablando con un poeta sublime, y alabó con entusiasmo mis versos, que todavía no ha leído, y me propuso entrar á su servicio con el destino de poeta de la corte. Un destino tan brillante había sido siempre objeto de mis más ardientes deseos, el bello ideal de mis sueños, y acepté con mucho gusto la proposición. ¡Oh querida señorita, con qué entusiasmo cantaré vuestras cualidades! Un poeta puede estar enamorado de las reinas y de las princesas, y aun debe, por obligación de su estado, escoger para señora de su pensamiento á una persona ilustre, y si este amor le trastorna un poco la cabeza, da por resultado el divino delirio sin el cual no existe la poesía. El mundo entonces

en vez de asombrarse de las raras gesticulaciones del poeta, debe de recordar al gran Taso, que dicen que se volvió en cierto modo loco por haber amado á la princesa Eleonora de Este. Sí, amada señorita; no porque seáis reina dejaréis de ser la dama de mis pensamientos, y os levantaré hasta las estrellas en alas de mis versos divinos y sublimes. »

— « ¿ Conque lo has visto? Conque has visto á ese infame duende, y te ha propuesto... » exclamó la señorita Ana; pero no pudo continuar porque en aquel mismo instante se apareció el mismo rey de los gnomos en persona, y le dijo con la mayor ternura :

— « ¡ Oh queridísima y dulcísima esposa mía ! ¡ ídolo de mi corazón ! No guardo rencor al Sr. Dapsul de Zabelthau por la mala conducta que ha observado conmigo ; no, encantadora Ana. Tan ligera falta de atención no puede incomodarme, supuesto que está decidido á favorecer mi pretensión y que mañana debe celebrarse el matrimonio que ha de labrar mi felicidad : sí, mañana ; es decir, antes de lo que me atrevía á esperar. Sin duda os será agradable el saber que he nombrado poeta de nuestra corte al Sr. Amando de Nebelstern, y deseo que en este mismo instante nos dé una muestra de su talento cantándonos algún romance. Vámonos al bosque ; la naturaleza me gusta mucho ; me sentaré en vuestra falda, ¡ oh preciosa novia mía ! y me rascaréis la cabeza mientras canta nuestro poeta : es un acompañamiento que me gusta infinito. »

La señorita Ana, sorprendida y espantada, se dejó conducir, y cuando llegaron al bosque, Dauco Zanahoria se le sentó en la falda, ella le rascó la cabeza, y Amando de Nebelstern, acompañándose con la guitarra, empezó á cantar el primer canto de la primer docena de las doce que había compuesto y copiado en un grueso volumen por orden de materias.

Lástima grande que la crónica de Dapsulheim, de donde he sacado esta historia, no traiga estos cantos, y se contente con decir que unos cuantos aldeanos, que pasaron por aquel sitio, se detuvieron y preguntaron con mucha curiosidad á quién habían dado tormento aquel día en el bosque del Sr. Dapsul de Zabelthau, para lanzar tan lamentables gritos.

Dauco Zanahoria se agitaba y revolvía en la falda de Anita, y gritaba y gemía sin cesar como si le hubiera dado un cólico. Anita observó, no sin gran sorpresa, que mientras más cantaba Amando, más pequeño y reducido se iba quedando Corduanspitz. Amando de Nebelstern acabó por fin con estos versos sublimes, únicos que he visto en la referida crónica :

¡Cómo canta el poeta

Cuando contento está ! Por el espacio
Rápidos bajan con su planta inquieta
Dulces perfumes, sueños de topacio,
Y llévante gozoso
Á un no sé dónde celestial y hermoso.

¡ Oh, hermoso no sé dónde !

Del Iris en los rayos de colores
Tal vez te ciernes, ó quizá te esconde
El blando seno de las tiernas flores,
Tan solo un inocente
Corazón ama, y cree y goza y siente.

Y arrulla cual paloma

Y gusta del placer que el poeta canta ;
Y en el dichoso no sé dónde asoma,
Después que á un áureo cielo se levanta,
Y en su gloria sincera
Llega á ser para siempre lo que era.

Mas si antorcha de amores
 Entra roja en su pecho y encendida,
 Entonces, ¡ ay ! caricias, besos, flores,
 Perfumes, sueños, gérmenes de vida,
 De amor y de esperanza.....

Al llegar el canto á estas palabras se puso Dauco Zanahoria tan chiquito, tan chiquito como una zanahoria naciente, y saltó de la falda de Anita al suelo, y desapareció al punto. En aquel mismo momento el hongo que parecía haber nacido la noche antes junto al banco de piedra en que Anita se hallaba, empezó á crecer de un modo extraordinario : aquel hongo no era otra cosa que el gorro de fieltro del señor Dapsul de Zabelthau, quien, oculto al principio bajo la extensa superficie, salió poco á poco y se arrojó de repente en brazos de Amando de Nebelstern, exclamando con los más vivos transportes de alegría :

— « ¡ Oh mi muy honrado, muy querido, y muy noble Amando de Nebelstern ! el poder de vuestros versos conjuradores ha conseguido el más notable triunfo ; ha podido mucho más que toda mi ciencia cabalística. Vuestros versos han conseguido lo que no han podido obtener ni los recursos más sabios de la magia, ni los esfuerzos más animosos de un filósofo desesperado. Esos versos se han introducido como un activísimo veneno en el estómago de Dauco Zanahoria, y á pesar de su naturaleza gnómica le hubieran hecho morir en medio de los dolores más bárbaros de un cólico, si no se hubiera vuelto inmediatamente á su reino.

» Mi hija Ana se ha salvado ; yo estoy libre también del poderoso encanto que me ligaba á la tierra, convertido en hongo, y como hongo, expuesto á ser destrozado por las mismas manos de mi hija. Sí ; Anita arranca sin piedad todos los hongos del huerto con el filo de su

azada, como no prueben al momento su noble carácter de hongos verdaderos y comibles. Gracias, gracias mil veces, mi muy honrado Sr. Amando de Nebelstern. ¿ No es verdad que aun seguís en las mismas ideas con respecto á mi hija ? Las bellaquerías y artificios del gnomo han dado al traste con su hermosura, lo cual convengo en que es una desgracia ; pero vos sois muy filósofo para.... »

— « ¡ Ah, papá ! ; querido papá mio ! exclamó Anita ; ¡ mirad, mirad : el palacio de seda ha desaparecido ; se ha marchado ese monstruo, con toda su comitiva y con sus príncipes Ensaladas, y con sus ministros Calabazas y con yo no sé qué más ! »

Y la señorita Ana al gritar de este modo echó á correr hacia la puerta. El Sr. Dapsul de Zabelthau siguió á su hija cuanto pudo, y Amando de Nebelstern siguió á Dapsul, diciendo entre dientes : « Á fe mia que no sé qué pensar acerca de todo lo que estoy viendo ; pero indudablemente ese pobre y pícaro con figura de zanahoria, era una criatura miserable, prosaica y rastrera, y no un rey poético ; pues á haberlo sido, ni le hubiera dado un cólico, ni se hubiera metido bajo siete estados de tierra huyendo de mi cántico sublime. »

Al llegar Anita á la huerta, en la que no se veía ni una hebra de hierba, sintió un terrible dolor en el dedo en que tenía la sortija misteriosa ; oyéronse al mismo tiempo como si salieran de debajo de la tierra unos quejidos penetrantes y desgarradores, y apareció la cabeza de una zanahoria en la superficie. Entonces la señorita Ana, guiada por una inspiración secreta, se quitó fácilmente el anillo, que hasta aquel momento no había podido sacar de su dedo, y se lo puso á la zanahoria : ésta desapareció y cesaron los gemidos.

¡ Oh prodigio ! la señorita Ana se puso tan hermosa y tan linda como antes, su cuerpo volvió á tomar sus her-

mosas formas, y su tez se quedó lo más blanca posible en una dama de aldea. Regocijaronse Anita y su padre, y dieron gritos de alegría; pero Amando de Nebelstern, abismado en sus reflexiones, no sabia qué decir, ni qué pensar.

Tomó Anita la azada de manos de su criada, que había venido corriendo al oír aquellos gritos, y la blandió al aire exclamando con júbilo: « ¡Trabajemos ahora! » Pero, ¡ay! la azada dió, al caer, en la cabeza del señor Amando de Nebelstern, precisamente en el punto en que reside el *sensorium commune*, y el joven cayó en tierra como muerto.

La señorita Ana tiró lejos de sí la azada homicida, se acercó á su querido Amando, y lanzó dolorosos y desesperados gritos; la criada le echó un cubo de agua encima, y el Sr. Dapsul de Zabelthau subió á su torre astronómica para preguntar á las estrellas si se había muerto Amando de Nebelstern.

Pero pocos minutos después abrió Amando los ojos, se levantó, y aunque empapado hasta los huesos, estrechó en sus brazos á la señorita Ana, exclamando con todo el entusiasmo de la pasión más ardiente: « ¡Oh mi querida Anita, ya nos hemos vuelto á encontrar! »

Este accidente produjo en ambos amantes un efecto milagroso y que bien pronto se hizo sensible; ambos cambiaron con ventaja propia.

Anita tomó horror á la azada, juró no volverla á tocar, y reinó en adelante como verdadera reina en el reino de las legumbres y hortalizas, velando amorosamente por sus súbditos para que se les cuidase y cultivase como convenia; pero dejando á fieles criados los groseros trabajos de la huerta. Amando de Nebelstern conoció que sus pretensiones poéticas eran eminentemente absurdas y ridículas; y leyendo las obras de los grandes poetas antiguos y modernos y meditando sobre ellas, llenó su

alma de un saludable entusiasmo que no dejó lugar en ella para la admiración personal. Comprendió que un poema debía ser otra cosa que un confuso montón de palabras, y que nada tenían de común con él las informes producciones de un tenebroso delirio: arrojó al fuego las poesías que habían formado antes toda su alegría, su orgullo y su gloria, y volvió á ser un joven de claro discernimiento y de buen corazón como antes de haber ido á la universidad.

El Sr. Dapsul de Zabelthau bajó un día por la mañana de su torre astronómica, para acompañar á la iglesia á la señorita Ana de Zabelthau y al Sr. Amando de Nebelstern.

Ambos esposos vivieron en el seno de la mayor felicidad; ¿pero se casó después Dapsul con la silfide Nehahilah? Eso es lo que no dice la crónica de Dapsulheim.